

Palabras de Alicia Bárcena,

Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL),

con ocasión de la presentación del libro

Invertir en juventud en América Latina y el Caribe 2011

Quito, 4 de julio de 2012

Desde hace una década la CEPAL ha acentuado sus esfuerzos en la comprensión, el diagnóstico y las propuestas de políticas para la juventud en América Latina y el Caribe. Nos preocupa especialmente el desarrollo de capacidades de los y las jóvenes, su participación ciudadana, su protagonismo en el desarrollo, la protección a sus riesgos, su inclusión social (sobre todo en el empleo productivo) y la afirmación de sus múltiples identidades.

Estos esfuerzos tienen múltiples frutos en nuestro trabajo. Entre ellos, los dos Informes Iberoamericanos de Juventud realizados con la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ) y la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) (2004 y 2008), que han sido referencia obligada de institutos nacionales de juventud, especialistas y académicos. Quiero destacar que estos informes lograron articular una enorme cantidad de información actualizada y propusieron relatos sobre la juventud que permitieron comprender lo que pasa “por dentro y por fuera” de los y las jóvenes en la región.

También hemos aportado, junto con la OIJ, el *Sistema Iberoamericano de Conocimiento en Juventud*, una suerte de observatorio al servicio de institutos de juventud, académicos y sociedad civil que desde comienzos del año pasado permite monitorear múltiples variables

regionales sobre la situación sociodemográfica y socioeconómica. A esto se agregan un sinnúmero de investigaciones y publicaciones sobre empleo juvenil, embarazo adolescente, migración de jóvenes, juventud afrodescendiente (con la UNFPA, 2011); y actividades realizadas por la CEPAL entre las que se cuentan capacitación, seminarios, talleres regionales y conferencias de diversos temas que afectan a la población joven. En alianza con el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), la OIJ, la UNICEF, la SEGIB y la UNESCO, hemos estado de manera incesante volcados a la comprensión del fenómeno juvenil.

Nuestro compromiso con la juventud nace de la convicción de que esta no solo constituye la edad crítica en la reproducción o reversión intergeneracional de las desigualdades que afectan la inclusión y exclusión social de las sociedades latinoamericanas y caribeñas. También sabemos que la juventud es el eslabón entre el presente y el futuro, la expresión de la solidaridad intergeneracional: son las nuevas generaciones las que tendrán que enfrentar los desafíos que hoy la CEPAL plantea con mayor énfasis en la senda del cambio estructural con igualdad y sostenibilidad ambiental.

Quisiera detenerme en esto último.

En primer lugar, la CEPAL plantea con más fuerza que nunca que urge un cambio estructural en nuestra forma de producir, trabajar e innovar, que requiere el protagonismo de la juventud; pues son los y las jóvenes quienes aportarán con sus renovadas capacidades para absorber y difundir el progreso técnico y emprender saltos inéditos en las formas de producir, organizar y comunicar.

Invertir en la juventud es fundamental para darle sostenibilidad y empuje a este cambio estructural. Es la juventud la que puede, más que nadie, traducir capacidades en incrementos en la productividad con inclusión social; son los y las jóvenes quienes pueden saldar la brecha crítica que hoy enfrentamos en América Latina en términos de rezago en conocimientos y sobre todo en el uso de talentos para recrear nuestra matriz productiva, ampliar oportunidades de empleo y enriquecer nuestras democracias.

En segundo lugar, la juventud de hoy, si bien de manera no homogénea, está mucho más compenetrada con el uso de las nuevas tecnologías en su vida cotidiana que la población adulta, sobre todo en los ámbitos de la comunicación, la información y el aprendizaje. Esto será esencial en el tránsito hacia sociedades de información y conocimiento. Pero no solo eso: existe también un fuerte vínculo potencial entre la revolución tecnológica y las nuevas trayectorias que permiten armonizar el crecimiento con la sostenibilidad ambiental, como sucede en la medida en que aumenta la virtualización que ahorra materiales, energía y movimientos. El cambio tecnológico puede asumir una orientación donde los aumentos de productividad armonicen con las prioridades ambientales. Y son, precisamente, las nuevas generaciones de jóvenes quienes muestran mayor preocupación por las amenazas ambientales y climáticas, se movilizan en temas clave como la matriz energética o el agotamiento de recursos naturales, e incluso se conectan en redes en torno a estos temas que rebasan las fronteras nacionales.

Por lo mismo, invertir en juventud implica apostar por quienes están más dispuestos a orientar los cambios productivos en un sentido consistente con los desafíos ambientales y climáticos que se plantean en el horizonte de mediano y largo plazo.

En tercer lugar, en el libro que presentamos se enfatiza que los cambios demográficos llevarán a nuestras sociedades por el camino del envejecimiento, lo que aumentará la urgencia de contar con generaciones activas más productivas. La actual fase de bono demográfico, con una disminución relativa de la población infantil y un aumento relativo de la población en edad de trabajar, hace propicio invertir en las capacidades de las nuevas generaciones.

Como mencionamos en el prólogo, “en el futuro, el precio de sostener una población envejecida será cada vez mayor, dados los costos en pensiones y jubilaciones, en cuidados, y en la salud frente a enfermedades crónicas y degenerativas. Eso significa que los y las jóvenes de hoy tendrán que ser muy productivos mañana para sostener estos costos de la población de adultos mayores en el futuro. Para que el bono no se convierta en una carga es, pues, urgente, invertir en las capacidades de la juventud, a fin de que su productividad futura contribuya a mantener un sistema donde la pirámide de edades tenderá a invertirse”.

Invertir en juventud también es indispensable para romper la reproducción intergeneracional de la desigualdad y exclusión social. Esto es necesario no solo porque es el único modo de avanzar en la agenda de la igualdad, entendiendo que esta constituye el sustrato ético por el que apostamos para nuestras sociedades futuras; sino también porque la inclusión social, en el tránsito entre generaciones y a lo largo del ciclo de vida, es indispensable para abatir los terribles costos que la exclusión multiplica en términos de violencia y criminalidad, fragmentación social y crisis de gobernabilidad en las sociedades nacionales de América Latina y el Caribe.

En esto la juventud no puede esperar y requiere, como se plantea en este libro, de espacios para desarrollar sus potencialidades, de perspectivas para su movilidad social y ocupacional, y de mecanismos para fortalecer su participación y sentido de pertenencia.

En cuarto lugar, los cambios políticos y la emergente sociedad-red llevan a nuevas formas de movilizarse y organizarse, nuevos soportes para la deliberación pública y tremendas posibilidades de reencantar la política con la renovada participación ciudadana. En ello, pareciera que “los jóvenes están de vuelta” en la arena pública. Efectivamente, en este giro hacia la movilización en redes y el mayor espacio de la política, la juventud hace gala cada vez más de un uso intensivo de los espacios y los recursos disponibles (no solo virtuales sino también presenciales) y una sorprendente capacidad reflexiva en torno a los problemas centrales que marcarán el destino colectivo.

A estos retos responde la publicación que la CEPAL junto al Fondo de Población presenta hoy en este importante foro regional. Se trata de un libro que a la vez aporta conocimiento y procura movilizar energías para invertir en la juventud, y para hacerlo sobre todo con una perspectiva de derechos y de igualdad de derechos. Derechos que gran parte de la juventud ha visto sistemáticamente postergados en la región, sea bajo la forma de falta de acceso a educación de calidad, de desprotección frente a riesgos propios de esta etapa del ciclo de vida, de discriminación y estigmatización. Más aún, la juventud navega entre aguas donde los derechos se reparten entre la infancia (derechos de infancia) y la plena ciudadanía adulta, y muchas veces queda, pues, en tierra de nadie, poco oída, poco atendida y con poco espacio para su desarrollo.

Como hemos dicho muchas veces, gran parte de la juventud se ve atrapada en una serie de paradojas: cuentan con mayores recursos educacionales y de comunicación que las generaciones precedentes pero menos acceso al empleo, más acceso a información pero menos acceso a toma de decisiones, más expectativas de autonomía pero menos opciones para materializarla, más aptos para liderar cambios estratégicos del mundo productivo y político pero más estigmatizados por los discursos dominantes.

Un enfoque de derechos es precisamente lo que se requiere para enfrentar estas tensiones con racionalidad comunicativa, con sentido de justicia y con políticas que, tal como lo plantea el libro, pongan en relación los derechos postergados con las prestaciones que es necesario crear y fortalecer para la juventud.

El libro que presentamos constituye una herramienta que esperamos pueda movilizar a los distintos estamentos del diseño de políticas y de la deliberación política en aras de mayor y mejor inversión en las jóvenes generaciones. Para ello proveemos de diagnósticos actualizados en materia demográfica y social, abordando esferas tan diversas como la migración, la pobreza y el empleo juvenil.

Especial importancia prestamos al binomio educación-empleo y cómo el tránsito entre ambos marca las opciones de la juventud a lo largo de todo el ciclo de vida y sus posibilidades de emancipación y autonomía. Y nos ocupamos de las dimensiones políticas e institucionales, vale decir, evaluamos los avances en materia de institucionalidad pública, en materia de juventud y de participación juvenil en la política.

Para que lo anterior sea posible, y tal como planteamos, no basta con el reconocimiento formal otorgado por los Estados a los derechos civiles, políticos, sociales y económicos. Sin

duda tal reconocimiento es condición *sine qua non* para avanzar en la dirección deseada. Pero también es indispensable garantizar un conjunto de condiciones para el desarrollo de las capacidades y oportunidades de las y los jóvenes, que se deben plasmar en servicios sociales para la promoción juvenil, en programas de capacitación e intermediación en el empleo, en mecanismos adaptados para la atención a los problemas de salud propios de la juventud, en mecanismos de participación política que respondan precisamente a las nuevas formas en que el actor juvenil se organiza colectivamente para plantear sus demandas y las demandas postergadas de toda la sociedad.

Entre las deudas que América Latina y el Caribe tiene con sus juventudes está el acceso a la educación, particularmente en los niveles más altos, donde se vuelve muy segmentado y estratificado en función de los ingresos, la etnicidad y el área de residencia. Por otra parte, los mercados laborales y las políticas estatales para su regulación no garantizan el derecho al trabajo decente. Los y las jóvenes están más expuestos al desempleo, muestran mayores dificultades para incorporarse al mercado de trabajo y están más desprotegidos en sus ocupaciones.

Por último, el libro que aquí presentamos guarda especial sincronía con la importancia que las Naciones Unidas, y muy especialmente su Secretario General, le está asignando al tema de la juventud en la agenda global del desarrollo.

El mensaje de las Naciones Unidas ha sido explícito en la necesidad de reforzar la inversión en juventud y reconocer a las y los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo, fortaleciendo su protagonismo en los procesos de toma de decisión e incrementando el diálogo intercultural entre las y los jóvenes. Al mismo tiempo, ha llamado enfáticamente la atención

sobre la necesidad de que las y los jóvenes sean incluidos explícitamente como un grupo de atención dentro de las políticas de combate a la pobreza y fortalecimiento del empleo, elaborando recomendaciones concretas respecto de su monitoreo y financiamiento.

Otra muestra de la importancia que las Naciones Unidas le otorgan al tema es el hecho de que el encuentro anual de los Secretarios Ejecutivos de las cinco Comisiones Regionales con el Consejo Económico y Social (ECOSOC), que tendrá lugar el próximo martes 10 en Nueva York, abordará en una sesión central las *Perspectivas Regionales de la Juventud y el Desarrollo*.

Quisiera concluir, parafraseando nuestro libro conjunto, afirmando que no se trata de asistir a la juventud, sino de potenciar su “autovalidamiento”, vale decir, dotar a la juventud de los espacios y capacidades para que pueda ejercer su autonomía, desempeñarse en la ciudadanía activa, actualizar sus derechos y potencialidades, y comprometerse con el porvenir de sus sociedades. A la juventud le cabe no solo construir sus identidades, sino también hacer de ellas la argamasa para proyectos colectivos que tarde o temprano deben entrar en la arena política y enriquecer las visiones de futuro del conjunto de la sociedad.

Muchas gracias.